

RECUERDO DE DOS ESCAPADAS INTRASCENDENTES A LOS ALPES

«El escalar los picos es el medio, no termina allí la vida. Es el medio de formar y temprar en la juventud el carácter para la lucha eminente, para conservar la virilidad, el vigor, para retener la juventud que huye, y preparar para la vejez un tesoro de recuerdos sin remordimiento alguno.»

Guido Rey.

A MODO DE PRÓLOGO

Empujado por los razonados deseos de buenos camaradas montañistas vuelvo hoy gratamente la vista a mi mejor época. Y en este rebuscar de datos y detalles —medio perdidos en el transcurso del tiempo— encuentro ciertamente la ilusión de revivir aquellos días felices pasados en contacto con las grandes y lejanas cimas alpinas.

En mi narración no hallareis ningún hecho extraordinario, y, menos, sensacional. Las cimas conseguidas son visitadas todos los años, aún las más renombradas, por una pléyade de expedicionarios procedentes de los más diversos países. Pero si el hecho en sí no lleva una importancia mayor, si se la podemos conceder como curioso testimonio de que España —nuestro País Vasco, particularmente— puede alternar, y alterna, participando en ese movimiento alpinístico europeo que busca remontarse a las más altas y afamadas cimas. Y para que, como noticia, pueda quedar constancia de estas mis dos salidas individuales, primero a los Alpes suizos (año 1933) y luego a los Alpes franceses del Delfinado (año 1934) —intranscendentes en su magnitud, pero siempre interesantes y aleccionadoras para nuestra juventud montañera, por la fuerza del ideal que las impulsó— es así que mis sencillos apuntes van a tener el honor de figurar entre los anales documentales de PYRENAICA, el Boletín Regional Vasco-Navarro.

A. de S.

— I —

EL MATTERHORN: MONTE CERVINO

Para el montañero de vocación, que llegó a forjar un alma idealista en el goce de la lucha a través de las cumbres —de mayor o menor dificultad, de mayor o menor altimetría— extendidas por el ámbito regional y nacional, es comprensible, y lógico, el ansia por contrastar sus facultades físicas y morales —así como también la incógnita de sensación estética— ante nuevas y más grandiosas montañas. A tal fin el «radar» de nuestro ideal pronto acusará la voz y la presencia de las más altas cimas de Europa: Los Alpes.

Acuciado por tales deseos, una mañana del mes de Julio del año de 1933 salí de casa, morral al hombro, atraído por la fama del «Mont-Blanc», del «Monte Rosa», del «Cervino», etc., bien informado y alimentado por los interesantísimos y emotivos relatos de los Whympfer, Mummery, Guido Rey...

A tal fin, aseguré previamente la mejor preparación para poder alcanzar la alternativa, de montañero *pirineísta* a montañero *alpísta*; hallábame precisamente en el mejor momento, habiendo templado satisfactoriamente mis armas sobre las más recias cumbres de la *Cantábrica*, en *Los Picos*, y en el gran *Pirineo*.

Pero entre todas las cimas alpinas —contadas las que en altura le superan— había una, que por lo atrevido de su proyección y sugestiva silueta, llamaba poderosamente mi atención; este pico es el que se conoce en el cantón suizo del Valais con el sonoro nombre de MATTERHORN, y en el valle italiano de Valtournanche llaman MONTE CERVINO.

La literatura alpina abunda en descripciones acerca de la cima señera de los Alpes. Entre todas, por su originalidad, merece conocerse la obra debida al notable escritor ginebrino de montaña, Charles Gos, titulada «*Le Cervin par l'Image*»; en ella recoge y analiza

las diferentes reproducciones que del gran pico han realizado dibujantes y pintores procedentes de diversos países, que atraídos por la fama llegaron al pié del coloso. (*)

Ch. Gos reproduce y comenta muy atinadamente —con temperamento de artista y montañero— las 26 estampas gráficas que del Matterhorn presenta en su notable libro, originales de otros tantos autores. Sobre la labor artística sabe distinguir el acierto interpretativo del artista, descubriendo, en cierto modo, en los trazos de la imágen representada, el punto de reacción psíquico-montañero —que diríamos— alcanzado por sus autores en relación con la verdadera fisonomía de la montaña.

Lo cierto es que todos —con más o menos acierto— han contribuido a la divulgación de la fama del Cervino. Pero entre ellos —dice el autor mencionado— destaca por su emocionado sentimiento Jhon Ruskin, gran esteta y poeta. El Cervino le fascina, y fruto de la influencia que la aparición de esta pirámide de granito hizo en su espíritu fué la inspiración de aquel bello pensamiento: «Las puertas de la montaña me abren una vida nueva que no tendrá fin sino a la puerta de aquella otra montaña de la que no se vuelve nunca». (En el tomo IV de la obra *Modern Painters*, aparecida en 1856, se encuentran una serie de dibujos y acuarelas ejecutados por Ruskin en 1849.)

La repercusión de la obra de Ruskin fué profunda. Solo puede compararse a la de Saussure, quien, sesenta años antes, arrastraba hacia los Alpes una muchedumbre de viajeros, entre los que se contaban numerosos sabios; pero, sobre todo, la influencia de Ruskin tuvo el gran mérito de atraer a una verdadera selección de intelectuales y de artistas ingleses, y con ellos a «los pioneros» del alpinismo.

Esta propaganda alcanzó el punto de mayor tensión con la entrada de Whymper en escena, allá en el año 1860. Y a raíz de su resonante victoria sobre el Cervino —alcanzada por la arista de Hörnli el 14 de Julio de 1865—

(*) Aunque la primer reproducción artística de la imágen del Cervino no data más que del año 1810, el documento más antiguo relativo a la efígie de esta montaña corresponde a un autor anónimo. Así nos sorprende la aparición de un *Mons Silvius* sobre la «Carte générale des Cantons suisses», editada en París en 1643.

Whymper, también gran dibujante, envió al *London Illustrated News* una admirable reproducción a plumilla del Cervino, junto con sus impresiones literarias acerca de la montaña, cuya conquista le obsesionara durante años noche y día.

Ruskin y Whymper se completan —cada cual a su modo— en el acierto interpretativo estético y filosófico, dando —por así decirlo— el golpe final de interpretación definitiva, en cuya fuente beberán en lo sucesivo todos aquellos que lleguen a la montaña en busca de la verdad y de la belleza; aunque para comprenderlo así hayamos de poner a contribución muchas veces un rudo esfuerzo, esfuerzo sostenido precisamente por la ilusión que la propia montaña inspira.

LA APROXIMACION

Yo soy un ilusionado más... Desde la frontera internacional de Irún he cruzado transversalmente el suelo francés de S. O. a N. E. —vía Burdeos-Lyon-Ginebra— llegando al caer de la tarde a la típica ciudad suiza de Lausana. Aún me da tiempo de visitar algunas librerías.

Al día siguiente parto de Lausana en el *Simplon Express*. No olvidaré fácilmente las gratas y sorprendentes impresiones recibidas en aquella brillante mañana de luz, al correr del tren a lo largo de la ribera del gran lago Lemán. De pié, asomado a la ventanilla, me vuelvo todo ojos para no dejar escapar detalle en la novedad de este magnífico escenario, antesala ya del gran Alpe. Así veo desfilar las villas de Vevey y de Montreux, y el legendario castillo de Chillon bañando sus pies en las azules aguas del lago. En Villeneuve dejamos atrás el pequeño mar de Ginebra y nos adentramos en el Valle del Ródano, cuyas riberas cubren bosquecillos de «frutales de hueso»: cerezos, albérchigos y ciruelos, principalmente, que dan origen a una próspera industria de preparación de mermeladas. (Así me lo manifiesta un simpático viajero ginebrino, quien —informado del motivo de mi viaje— me proporciona utilísima información alpina.)

Siguen Martigny, Sion, y Visp o Viège. Aquí he dejar el tren del Simplón y trasbordar a un curioso tren eléctrico de vía estrecha, provisto de cremallera, que conducirá a los viajeros para Zermatt.

Cada vez va tomando el paisaje un carácter más agreste. El torrente, cuyo curso sigue en gran parte el ferrocarril, arroja el tumulto de sus aguas turbias; indicio de tormenta por las alturas de su procedencia.

Y por fin, Zermatt con su Matterhorn ¡Qué emoción!

Al apearme observo en el andén de la estación una curiosa formación de hombres en línea, como si se tratara de un piquete de soldados dispuestos a rendir honores. Pero nó; son, sencillamente, los mozos de los diferentes hoteles —cuyo título ostentan en la gorra— que silenciosamente, sin molestar lo más mínimo al viajero, se ofrecen a éste. El viajero pasa revista al piquete y llama la atención al mozo del Hotel que le interesa, dejando a su cuidado el equipaje. Los suizos saben hacer las cosas.

Soy huésped del «Hotel Julien». (*) La ventana de mi habitación se abre precisamente de cara a la esfinge soberana a cuya atracción magnética he obedecido. Su figura parece ser más esbelta y aérea de lo que me había imaginado. Al tiempo de la gozosa impresión estética sorpréndeme la gran blancura de que en su totalidad, paredes y aristas, cubre el gran pico, y que al contrastar con lo visto en fotografías —presentando las rocosas aristas al desnudo— llegó a inquietarme verdaderamente.

En estas horas tibias del atardecer la figura altiva del viejo y poderoso Cervino parece acrecentarse en la límpida atmósfera de un azul intenso. No hay duda de que de todas las varias perspectivas conocidas, la correspondiente a Zermatt, es la de línea más bravamente bella, clásica y «personal», del Cervino; se trata del inconfundible *Matterhorn* del Valais.

Próximo el sol a la línea del zénit he de dejar mi alucinante observatorio, si quiero hacerme un poco al ambiente local y conocer sus más interesantes lugares: Oficina de Guías, Museo del Cervino, el Cementerio...

Al terminar la cena me anuncian la llegada del presunto guía y acompañante al *Matterhorn*; hemos de discutir el itinerario y demás

(*) Es de señalar que nuestro distinguido paisano y admirado camarada Andrés Espinosa, en el curso de su aventura alpina del año 1929, se alojó en la misma hospedería.

detalles complementarios de la expedición. Al presentarme su carnet titular sorpréndeme leer el apellido *Taugwalder*; tal coincidencia, me hace pensar si será algún descendiente del famoso guía que acompañó a Whymper en el Cervino el memorable día de su conquista y tragedia.

Le expongo mi plan: Se trata de pasar a Italia por el Theodulo (3.322 m.), y, tomando por base Breuil, hacer la ascensión en travesía por la arista italiana a la cima de Cervino, y descender por la suiza de Hörnli a Zermatt.

Taugwalder me mira con sorpresa —como si dijera yo un disparate— y me dice que con la mucha nieve, —nieve floja, recién caída— la travesía del Glaciar de Furgg, para alcanzar el Paso de Theodulo, resultaría mucho más costoso y difícil que la propia ascensión de la vía italiana.

Debo confesar que desdénaba yo la vía Hörnli por ser demasiado frecuentada, por donde tantos turistas *podían ser arrastrados* hasta la cima del Cervino; en cambio, atraíame el prestigio de la dificultad y dureza de la arista italiana.

Ante mi insistencia, propóneme hacer la ascensión por la *vía Zmutt*, muy poco frecuentada, y acaso de tanto mérito, me dice, como la escalada por la arista italiana, con la ventaja —alpinísticamente considerado— sobre ésta y la de Hörnli, de que en sus pasos difíciles se halla aún virgen de pitones, cables y de cadenas. Queda aceptada la propuesta y dispuesta la salida para la tarde del día siguiente.

Acostado ya, es difícil dormir, porque la imaginación no descansa. Medio en sueños, créome asomado aún al ventanal —como al tiempo de mi llegada— fascinado por la fiera majestad del *Matterhorn*, cuya vigorosa silueta avanza hacia mí flotando entre nubes, cual colosal *ice-berg*.

DE LA EXPEDICIÓN

(19 de Julio).

Aprovecho la mañana para hacer un poco de piernas explorando el «hinterland» de Zermatt. Para ello salgo del pueblo por la parte contraria al Cervino; paso un puente sobre el Visp, y remonto un bien cuidado camino que me conduce hasta las cabañas y pequeño Ho-

tel de Findelen (2.164 m.) El paisaje es maravilloso. ¡Qué contraste entre el jugoso verde de las praderas, los torrentes que se desprenden de las masas glaciares, y las cimas soberanas que todo lo dominan!

También me hubiese gustado subir cómodamente al Gornergrat utilizando el funicular que en atrevido trazado permite fácilmente alcanzar los 3.136 m. de altura de este magnífico mirador sobre el Matterhorn y la deslumbrante cadena del Monte Rosa. Pero el tiempo apremia; he de regresar a Zermatt para la hora de comer y prepararme para la cita.

A las tres y media de la tarde se presenta el guía Taugwalder acompañado de otro colega, presentándomelo como buen conocedor del Matterhorn — particularmente de la *vía Zmutt*—; se llama Karl Biner. Taugwalder se excusa, alegando compromisos.

Serían aproximadamente las 4,30 de la tarde cuando partimos de Zermatt (1.620 m.), iniciando lentamente la subida hacia el Refugio de Schönbühl, del C. A. S. El camino se vé sombreado por un bosque de pinos que el calor del día hace desprender un fuerte olor a resina.

He aquí los típicos *chalets* que forman el poblado de Zmutt, desde donde se da vista al glaciar que lleva su nombre; desde las cabinas de Kulbermatten (2.115 m.) descendemos a la ribera del Glaciar de Zmutt, cuya superficie aparece sucia de un amarillo rojizo; y sobre nosotros, del otro lado de la corriente glaciar, se eleva vertiginosa la imponente pared Norte del Matterhorn.

Cuando iniciamos la subida al roquedal en que se asienta el Refugio Schönbühl (2.716 m.) se vé brillar aún al sol en declive la blancura de las cimas del Diente d'Hérens (4.180 m.) que cierra por Occidente el circo de Zmutt, cuyo fondo empieza a ser invadido por la proyección estigmática de su silueta.

El guardián del Refugio nos recibe amablemente, informándose de nuestros proyectos. Compartiremos el techo del albergue con otros dos huéspedes, expedicionarios para el Diente Blanco (4.364 m.)

En tanto que el guía prepara la clásica sopa de pan y queso, salgo a la explanada del albergue a disfrutar de este escenario incomparable. Al desaparecer el sol baja la temperatura notablemente; un asiento alrededor del fuego es el mejor acomodo.

Hecha una cena frugal nos retiramos pronto a dormir, ya que la hora de salida será a las dos de la mañana.

(20 de Julio).

El guardián del Refugio de Schönbühl —que hace también las veces de despertador— nos tiene ya preparado un té caliente.

Todavía somnoliento, termino de ajustarme las botas. Acondicionados los morrales, los crampones al alcance, encendemos los faroles y... ¡en marcha!

En busca del Glaciar de Zmutt —que hemos de atravesar hacia su origen, en marcha de aproximación a la base de la gran pirámide— descendemos por una inclinada pedrera, que al ponerse en movimiento hace cantar una «latosa» canción conservera que denuncia las huellas de precedentes vivacs.

Sobre la plataforma de Schönbühl brilla todavía la luz de la linterna del simpático guardián; con su voz opaca nos grita: ¡*Bonne chance!* (¡Buena suerte!). A poco, salimos de las rocas y entramos en la planicie del glaciar.

Existe una poesía realmente profunda en estas salidas nocturnas hacia la alta montaña: «la hora insólita, el misterio del camino, la extraña claridad, que —aún en plena noche— alumbró los montes en la vecindad de los grandes glaciares, produciendo en nuestra alma esa sensación de hallarnos ante un arcano, como si fuésemos a través de un mundo lleno de misterios». (*)

Durante un buen rato, alumbrados por la luz incierta de las linternas, caminamos silenciosos, el guía Biner delante y yo detrás. En estas soledades el silencio se ve roto de tiempo en tiempo por ruidos sospechosos procedentes del subsuelo glaciar, que no dejan de ser inquietantes. En diversas ocasiones el guía se detiene a tantear con el piolet la solidez del puente de nieve sobre la grieta que hemos de cruzar.

De repente cesa el buen camino. Grandes bloques de hielo y de rocas parecen cerrarnos el paso; es el vertedero del glaciar superior de Tiefenmatten que comunica con el de Zmutt. Traspuesta esta dificultad entramos en el circo formado por el Glaciar de Tiefenmatten, simulando una abrigada ensenada, desde donde se inicia propiamente el asalto a la gran pirámide

(*) «Le Mont Cervin», G. Rey.

matterhorniana por su arista N. O., llamada de Zmutt.

La ascensión al Cervino por la denominada *vía Zmutt*, fué efectuada por vez primera el día 3 de Septiembre del año 1879 por los ingleses Mummery y Penhall; el primero con tres guías y el segundo con dos, realizando cada uno un itinerario diferente.

Mummery acometió el contrafuerte de Zmutt que separa el Glaciar Matterhorn de el de Tiefenmatten, y habiendo logrado fácilmente alcanzar el lugar de unión de este promontorio con la pared, remontando algunos salientes sumamente difíciles prosiguió directamente por el costado hasta conseguir volver a la arista superior de Zmutt y la cima.

Penhall partió del centro del Glaciar Tiefenmatten y se elevó por la pared occidental; franqueó a una cierta altura el gran «couloir» al Sur del promontorio Zmutt —que recibió después su nombre— y, habiéndose equivocado de camino, tuvo que perder mucho tiempo en salvar dificultades indescriptibles. Lo cierto es que Mummery, más afortunado o más sabio, llegó el primero a la meta.

Nosotros tomamos, muy aproximadamente, el itinerario Mummery de la *vía Zmutt*.

El trayecto desde Schönbühl a Tiefenmatten lo hemos hecho rapidísimos. Puestos al pié del pico iniciamos la escalada en plena noche. Ocupada la mano izquierda con la linterna, y el piolet colgante en la muñeca derecha, resulta bastante embarazoso el trabajo de izarse por la muralla; con las inevitables sacudidas y golpes contra la roca las linternas se nos apagan continuamente. Este juego a «la gallinita ciega» no puede continuar; y Biner, desorientado y excitado por sus vanos tanteos en busca de la vía de acceso, lanza palabrotas en tudesco, y, dirigiéndose a mí, en francés, exclama: *Cá c'est drôle, ç'est drôle, monsieur!* Me confiesa que hace dos años no venía por allí, que esta era su tercer ascensión por la *vía Zmutt*, y que no tiene seguridad de poder descubrir en la noche la vía a seguir.

Reunidos en una estrecha repisa del cantil, a unos cincuenta metros sobre el Glaciar de Tiefenmatten, recogidas en el interior de nuestros respectivos sacos las inútiles linternas, decidimos aguardar filosóficamente la luz del día, sin duda de mayor eficacia.

En la noche, sin luna, las estrellas brillan

extraordinariamente; y de abajo, de los glaciares, sube el blancor de la nieve irradiando una luz de penumbra sobre las oscuras rocas que nos rodean. Semejamos náufragos arrojados por el mar sobre los acantilados de la costa.

No obstante la contrariedad surgida por tan incierta situación, me hallo completamente tranquilo y confiado en el éxito. Entretenido en la contemplación del parpadeo estelar recorro las constelaciones al alcance de mi original observatorio; así el tiempo va pasando, aunque lentamente, hasta que al fin vislumbramos por Oriente los albores del día. Consecuencia de la forzada quietud son los efectos de la baja temperatura soportada, lo que se traduce para mí en unos alarmantes retortijones de vientre. Y... «¡aquí fué Troya!».

A resultas del imprevisto e inoportuno «dinamismo» fisiológico, vínome tan gran debilitamiento que, por un momento, creí se iban al traste todas mis ilusiones, inponiéndome una retirada inmediata. Y entonces, concentrando mi espíritu, consideré: Para qué había salido de España, cuyo buen nombre deportivo quedaría en entredicho ante aquel guía suizo; me acordé de mi recia tierra vasca, y tuve muy presente el honor de mi «Club Deportivo», cuya insignia ostentaba.

La chispa del estímulo moral saltó pronto del propio pundonor, lo que —junto con los terrones de azúcar impregnados en ron, que Karl Biner me recetó— produjeron en mí una increíble reacción.

Habíamos perdido mucho tiempo (quizá un par de horas, además de la obligada espera por haber llegado «demasiado temprano»), y para alcanzar la cima, todavía lejana, habíamos de aprovechar bien el tiempo disponible.

Ya de día, vimos perfectamente cual era la vía a seguir. Ganamos prontamente la cresta de nieve que cubre el promontorio que sube hacia la arista Zmutt y cuyas vertientes se escapan vertiginosamente a los glaciares de Tiefenmatten y Matterhorn.

Al término de la nieve entramos en una crestería en que sobresalen varios riscos, a modo de centinelas, que hay que bordear con algún cuidado, pero que para mi hábito roquero no hubo dificultad mayor en salvarlos.

Nos hallamos bajo la gran convexidad típica de esta arista, que es conocida por «*le Nez de Zmutt*», la Nariz de Zmutt. Aquí se

deja obligadamente la cresta para efectuar una travesía de costado sobre la pared Sur, de roca muy descompuesta.

Este «garmeo» por la peña parece que me va calentando, reconfortándome físicamente a medida que ganamos altura.

Aparecen las temidas placas de hielo sobre la roca en las paredes de gran inclinación; nos hallamos en la parte central de la pared meridional, precisamente bajo la cúspide, el punto más delicado de la escalada.

El trabajo constante del piolet sobre este hielo negro resulta en extremo pesado, y hay que moverse con suma prudencia. Biner, que se comporta admirablemente en su labor, se ve obligado a tomar algún reposo.

Por fin salimos de la zona peligrosa, e inclinándonos a la izquierda ganamos de nuevo la arista Zmutt y hombrera final, que presenta una afilada cresta de nieve; en nuestro avance posamos alternativamente los pies en una y otra vertiente. El Signo de la Redención (*), que culmina la cima del Cervino italiano, alza sus brazos sobre la nieve acumulada hasta su cruz. Unos pasos más, y quedan dominados los 4.505 m. de altitud del coloso MATTERHORN, y un fuerte apretón de manos sella la victoria de nuestra alianza conquistadora.

En este instante feliz doy las más rendidas gracias a Dios, que —al sobreponerme a mi flaqueza— me ha permitido triunfar sobre la materia, tras la lección de humana pequeñez recibida de El pocas horas antes.

Serían próximamente las 12,30 cuando depositábamos los morrales y piolets al pie de la torreta de la cima suiza.

Sin duda alguna, la mayor dificultad de la escalada realizada ha consistido en el inesperado percance relatado. La preocupación sobre si mis condiciones físicas habrían de responder al esfuerzo exigido para llegar a la cima impidióme gozar debidamente de la emoción de la escalada. Pero ya estoy arriba —¡arriba!— viviendo la magnificencia de este único belvedere, que compensa de todas las fatigas.

Es todo un mundo nuevo y desconocido —el imperio altimétrico de «los 4.000»— que se despliega fantásticamente ante la asombra-

da mirada. De SE. a SO.: Breithorn, 4.071 m., Lyskam, 4.478 m.; el Monte-Rosa, 4.638 m., con sus inmensos y brillantes heleros; en el macizo de Mischabel, el Dom, con sus 4.554 m.; Weisshorn, 4.512 m. Más al O. destaca airosa y atrevida la silueta del Rothorn de Zinal, a 4.223 m.; ya más próximos, aparecen el Diente Blanco, 4.364 m. y el Diente d'Hérens, 4.180 m.

De esta bienaventuranza me saca pronto la voz de alarma, apremiante, de Karl, al tiempo que me señala una lejana nubecilla, en mi concepto sin importancia.

Presto recogemos los morrales, nos encordamos de nuevo e iniciamos el descenso por el hombro nevado de Hürnli. Los grajos del Cervino nos despiden con su desagradable graznar.

La primera parte va bastante bien hasta las inmediaciones del resalte o escalón cuyo paso ha sido facilitado con la instalación permanente de cadenas y de cuerdas. Al llegar a este lugar una niebla grisácea ha cubierto ya la cima, y el bello horizonte que poco tiempo antes contemplábamos ha quedado borrado totalmente; la temperatura ha bajado sensiblemente.

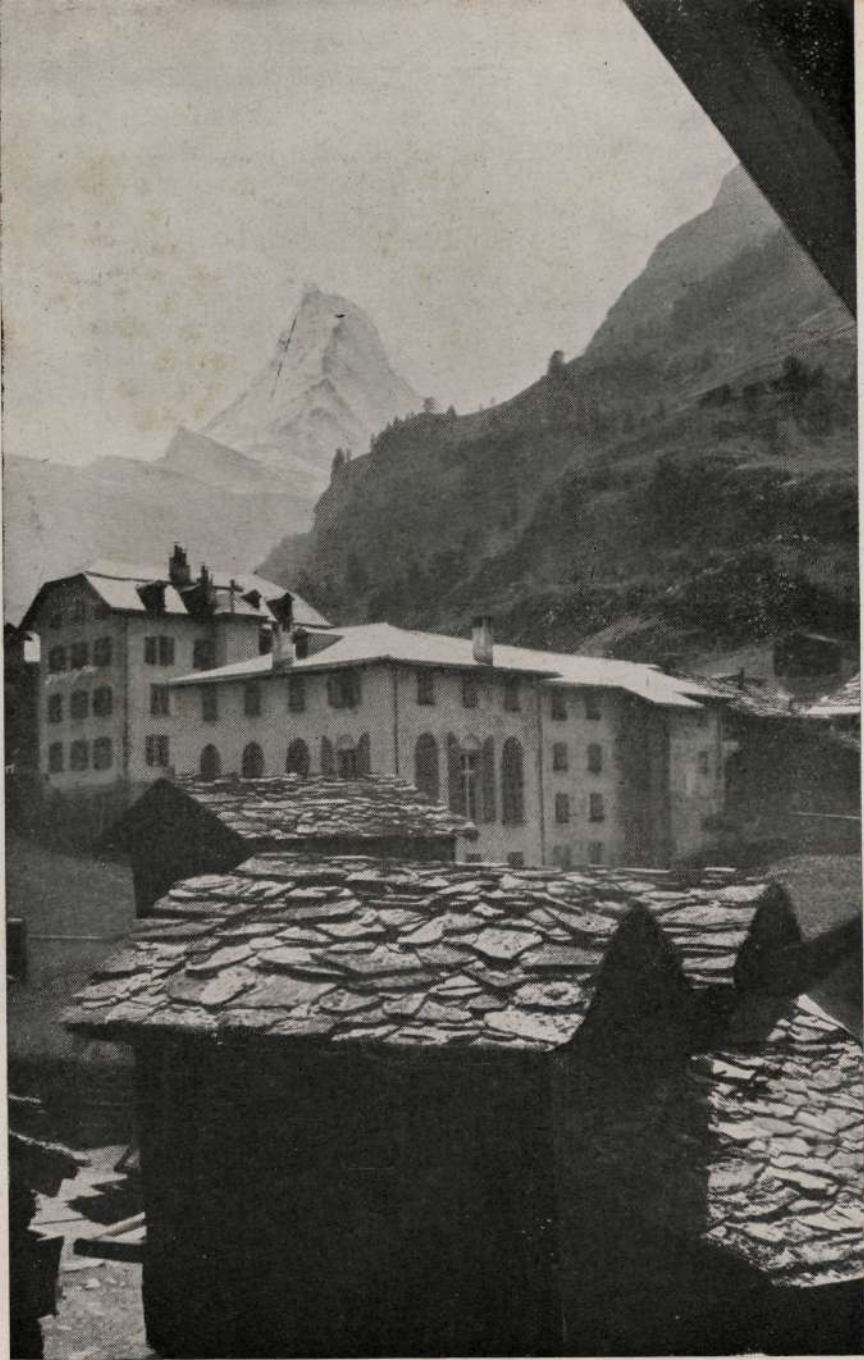
Mi guía dice que es preciso apresurarse; sin titubeos me deslizo por una cuerda rígida, llena de escarcha. A poco, un trueno lejano, seguido de un golpeteo de nieve granulada como si fuera sémola.

Entramos en un nevero de gran inclinación donde forzosamente hemos de frenar la marcha descendente y tomar precauciones; es zona peligrosa, donde los crampones muerden en falso en la nieve fresca, suspendida simplemente —de manera traidora— sobre la helada superficie de la nieve vieja. Sorteamos la dificultad moviéndonos alternativamente para poder asegurarnos mutuamente.

Luego volvemos a reanudar el ritmo acelerado de descenso, descolcándonos por las rocas «a todo meter». La consigna es bajar, bajar... Pronto llegamos a la Cabaña Solvay, donde capeamos la última granizada; en su interior, lleno de nieve, asoman algunas mantas. Comentamos el hecho de que —tanto en la cima como en todo el trayecto que a ella conduce— no hayamos encontrado caravana alguna, ni siquiera huellas.

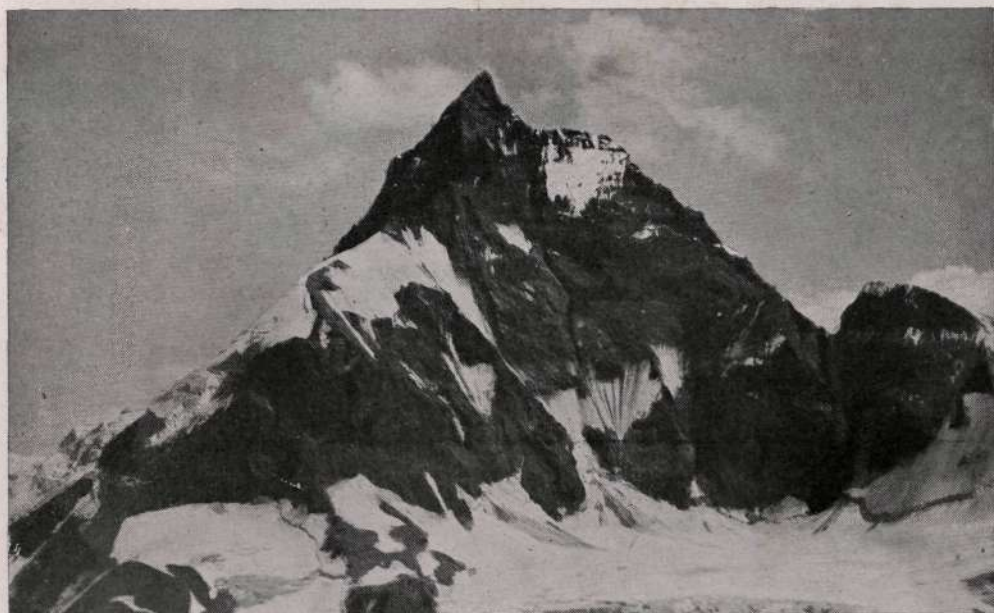
Finalizada nuestra «carrera de persecución» cuando, traspuestos los bloques rocosos

(*) Esta cruz fué colocada por guías italianos en el año 1902, en cuya ocasión celebróse la primera Misa en la cima del Cervino.



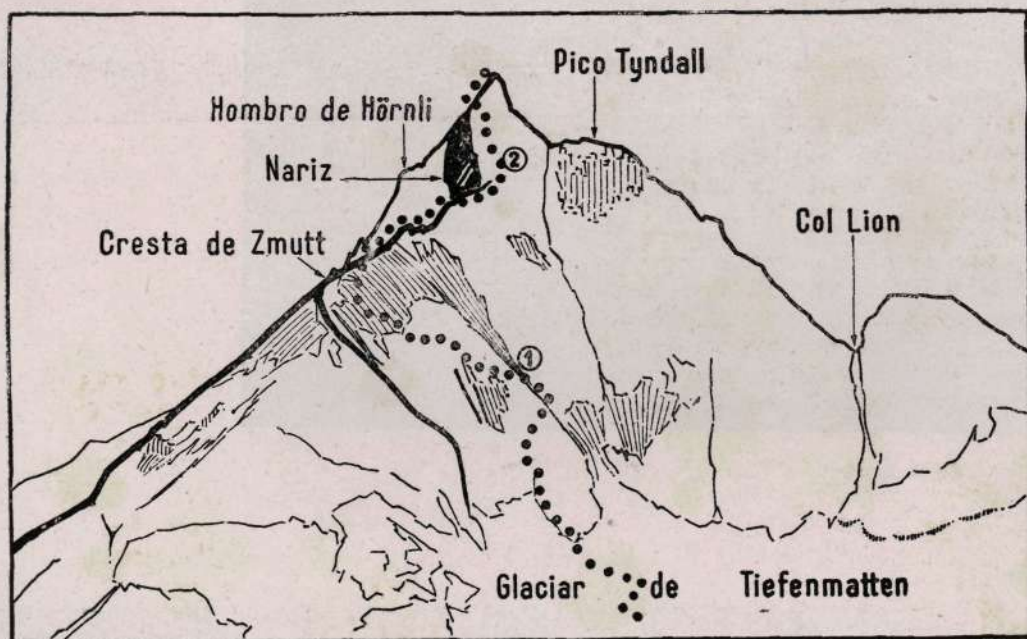
Fot. A. Sopena

...desde la ventana de mi habitación
de Zermatt.



Fot. J. Gaberell

CERVINO. Aristas de Zmutt y Tyndall (Italiana).



Dib. A. Tresaco

Interpretación fotográfica e itinerario de Zmutt.

que —a modo de escollera— se esparcen por la base de la arista de Hörnli, remontamos la senda que nos lleva al Refugio-Hotel Belvedere (3.298 m.), donde arribamos a las 6,30 de la tarde.

Como quiera que el esfuerzo —mantenido prodigiosamente por el pensamiento y nervio puestos en la acción— ha sido extraordinario, terminada la lucha, mi físico requería urgente atención, por lo que decido no continuar a Zermatt; verdaderamente me hallo febril. Así que despedido a mi guía, y excelente camarada, Karl Biner; pido cama, una taza de café con leche y brandy bien caliente, tomo una aspirina y me acuesto.

Después de lo de ayer es para mí un verdadero regalo este descenso, tranquilo y fácil, do Hörnli a Zermatt. El día, aunque con grandes nubes, permite disfrutar del sustancioso paisaje. Al paso por Schwarzsee (2.589 m.) me detengo para captar el cuadro encantador que componen la ermita y el lago, con el Cervino por fondo. El paseito mañanero tiene efectos saludables para el dolorcillo de cabeza con que me he levantado; verdaderamente me siento reconfortado.

Al entrar en el «Hotel Julien» sorpréndeme la expectación causada entre los cosmopolitas huéspedes, quienes me rodean para pedir noticias de mi expedición al Matterhorn, y... felicitarme. Esto tiene su explicación: hacía doce días que, a causa del mal tiempo, no se había llevado a efecto ascensión alguna.

HACIA LOS ALPES DE SABOYA

Con verdadero sentimiento aléjome de Zermatt y su mágico escenario donde tantas «cosas buenas» quedaban por hacer, pero la disponibilidad de días contados restringe necesariamente el radio de acción. Así, cumplida

felizmente la primera etapa —el Matterhorn— he de trasladarme a Chamonix para probar mis posibilidades alpinas ante el Grépon, los Drús, la Verte... (Mont-Blanc, con ser el techo de Europa, no llegó a interesarme, de primera intención.)

En Martigny empalmo con el funicular trasalpino que de Suiza me trasladará a los Alpes franceses, a Chamonix (Alta Saboya). Traspuesta la frontera el ferrocarril sigue un trazado sumamente atrevido en su descenso al valle. Es una pena que el tiempo nuboso —a ratos llueve— no permita contemplar la magnificencia del supuesto escenario alpino: el Mar de Hielo, los Grandes Jorasses, Mont-Blanc...

De mi estancia en Chamonix pocas y desagradables cosas he de reseñar en mi diario. En primer lugar he perdido tres días lastimosamente, y con ello la oportunidad ilusionada de conocer prácticamente lo que por los libros y memorias de los predecesores tenía noticia; y la otra, es el ambiente frívolo de gentes y músicas nocturnas que domina en la villa de Chamonix, que contrasta fuertemente en quien —como yo— llega del *sancta sanctorum* de la mística alpina, de Zermatt.

Y hago punto final en mis apuntes viajeros porque se ha terminado lo que pudo ser interesante, porque no hay modo de extender mis vacaciones ni de acrecentar la bolsa. El último día de estancia parece querer mejorar, y, apurando el tiempo, aprovecho la tarde para ascender (en teleférico) hasta el pié de la Aguja del Midi, internándome en el Glaciar de Bossons hasta la Jonction, en el itinerario al Refugio Mulets (Mont-Blanc). Con esta pequeña exploración en el macizo de Mont-Blanc hago mi despedida alpina, hasta otro año... si Dios quiere.

ANGEL DE SOPENA

(Del «Club Deportivo» de Bilbao).

